

La paz a través de una educación para sanar el ego patriarcal

Comenzaré por compartir mi convicción de que *una raíz común subyace a nuestros grandes problemas colectivos* y que de este origen común de los males del mundo no se habla.

Antes se lo llamaba el “pecado original”, pero tal pecado original ya casi no se nombra en nuestra moderna cultura secular, en parte porque este concepto tan cristiano se reconoce hoy como muy asociado al error de creer en una transmisión genética del mal. Hoy sabemos que existe una transmisión cultural y psicosocial del mal colectivo, que se transmite de una generación a otra como una plaga, y vengo proponiendo concebirlo como el *Mal Patriarcal*, que a diferencia del pecado original, que se ha entendido como una desobediencia a Dios, podemos considerar más bien una desobediencia a la naturaleza, o a nuestros impulsos naturales, que han sido criminalizados a través de la institución de una autoridad violenta que se dice avalada por una voluntad divina.

Disto mucho tal abordaje del problema de la paz de al de quienes buscan la paz sin comprender su contexto necesario, como cuando se reclama la paz sin interesarse en la justicia. Así hacen los gobiernos y las mismas Naciones Unidas, y pienso que tal pretensión sea vana, pues la pretensión de paz sin justicia sólo puede llevar a la resignación de soportar la injusticia, que no podemos considerar un ideal válido. La actitud tan cristiana de *dar a César lo que es del César*, puede favorecer a algunos y haber sido válida siglos atrás, pero no me parece la promesa colectiva en el mundo de hoy.

He repetido muchas veces, como también otros han dicho, que la paz en el mundo depende de la paz del espíritu; pues he sido un buscador sediento que ha aprendido a meditar en más de una escuela, y que se ha dado a conocer en parte enseñándole a la gente el cultivo de una paz interior. Pero no creo que el problema del mundo se pueda resolver a través de la meditación, y me parece que apenas una minoría tiene la capacidad, el interés y la oportunidad de meditar.

Una idea más aceptable (y seguramente un requisito indispensable para la transformación del mundo y el establecimiento de una paz colectiva), sería la transformación individual de una masa crítica de la población del mundo; pues la transformación ocurre en todas las generaciones, aunque sean “muchos los llamados y pocos los elegidos”. En cada generación algunos realizan el Gran Viaje, e incluso llegan a la “otra orilla”. Pero el que haya habido Santos, conocidos y desconocidos, a través de las generaciones, tampoco me parece suficiente para el cambio global, que requeriría una transformación aún más extensa, comparable al mítico cruce colectivo del Mar Rojo por el pueblo judío: un viaje colectivo hacia otro nivel de conciencia.

¿Cómo podría ser posible fomentar o estimular tal cambio colectivo de conciencia?

Por supuesto, la educación constituiría una gran oportunidad y una esperanza, ya que un adulto no cambia fácilmente, y la mayoría ni siquiera desea hacerlo.

Quienes sienten la necesidad de cambiar se interesan en las tradiciones espirituales, en las terapias, en el arte y realizan grandes esfuerzos al emprender un camino de transformación, pero requieren de mucho tiempo y de la oportunidad de concentrarse en tal propósito, que pudiera compararse al de una gota que pretendiera remontarse hacia la fuente de un torrente en dirección contraria a la de su

corriente.

Durante la infancia es más fácil sanar, sin embargo, y los pediatras saben cuanto más fácil es tratar a los niños que a los adultos. Mejoran con más facilidad, y lo mismo sucede con la mente que aún no ha “cristalizado”. Por ello la educación podría constituir un antídoto a la transmisión de la mente patriarcal a través de las generaciones en vez de servir, como ahora sirve, precisamente para lo contrario. Se nos ofrece, entonces, una gran oportunidad de transformar la educación que ahora tenemos, (donde simplemente se aprende a pasar pruebas y asimilar informaciones dispensables) en una nueva educación al servicio del desarrollo humano.¹ ¿No son acaso la infancia y la juventud un tiempo digno de ser aprovechado para aprender a vivir lo mejor posible?

Una sociedad enferma requiere una educación sanadora, y sanar no es algo separable de la transformación, pues la metamorfosis es intrínseca a la naturaleza humana. Sólo que somos actualmente algo así como un mundo de gusanos que no saben nada de las mariposas ni de la existencia de la metamorfosis. Y si no tenemos la oportunidad de evolucionar ello se debe en gran parte a que hemos desarrollado una cultura que la impide.

¿Cómo sería una educación alternativa? Básicamente tendría que comprender cómo sanar la mente patriarcal.

Incluso antes de que la ley romana la hubiera hecho explícita, dominaba ya en el mundo la institución del “*pater familias*” donde el padre somete a la mujer y para ello ejerce un poder represivo sobre ella. Porque el orden patriarcal es violento, la mujer ha sido amordazada, y hoy en día podemos comprender la violencia del autoritarismo masculino como una respuesta a un trauma histórico. Más y más se vuelve evidente que la violencia fue considerada necesaria para la supervivencia en un período de gran hambruna.

Los historiadores coinciden en que la civilización fue la respuesta a un gran desafío, y de este no se sabía mucho hasta que hemos ido descubriendo su naturaleza, y ahora nos parece que el período neolítico, que siguió al descongelamiento de los glaciares y a un tiempo de grandes inundaciones, permitió que se desarrollase la agricultura en la franja que se extiende desde el Sahara hasta Ucrania a través del levante. Se volvió sedentaria entonces la especie humana, y por aquel tiempo pareciera que la mujer constituyó un importante aglutinante de la sociedad, no sólo por su cuidado de la tierra, de la alimentación, la vivienda, la creación de tejidos y de la cerámica, etc., sino que por su sentido maternal y protector.

No existen muchos datos sobre este período, y el concepto de una sociedad neolítica matrística no es universalmente aceptado por los antropólogos ni se tramite a través de los textos escolares. Menos se sabe que el período neolítico no fue muy extenso; pues con el calentamiento de la Tierra que

¹ En la era de la información todo esto es accesible a través de un móvil.

sobrevino después de algunos milenios, las pocas zonas fértiles ya no pudieron seguir alimentando a las grandes poblaciones en ellas, y ello provocó el comienzo de grandes migraciones. Es entonces cuando los humanos se volvieron depredadores “bárbaros” al pasar de la violencia limitada de los cazadores a la violencia depredadora hacia otros humanos. Podemos afirmar que somos hijos de aquellos bárbaros que instituyeron esta forma canalla de vivir a través del pillaje; sólo que supimos racionalizarlo a través de grandes ideales, y especialmente a través de las religiones.

Pareciera que la historia del patriarcado haya sido originalmente benévola, con los Faraones más antiguos y también con los más antiguos Reyes babilonios, pero tras el patriarcado sacerdotal se estableció el patriarcado militar y finalmente el patriarcado económico, que pareciera no serlo, pues logra camuflarse en él la dominación personal de los antiguos déspotas, y se vuelve aparentemente invisible la voluntad despótica que sostiene al sistema. Es así cómo hoy en día las mayorías celebran la democracia sin saber cuánto se trata de una democracia retórica y manipulada que un día reconoceremos como un neo-fascismo. Los medios de comunicación, al servicio del poder, mantienen la ilusión de que los gobiernos representan al pueblo y que las elecciones representan la voluntad popular; pero el poder, ahora encarnado en empresas más que en personas, sigue comportándose no sólo como un canalla rapaz sino como alguien que miente tan sistemáticamente como lo pintó Orwell en su famoso libro “1984”.

La astucia ha sido intrínseca a este proceso, y podemos decir que ya estuvo presente en la afirmación de que el ser humano no es bueno. Y es cierto que, si hablamos de los seres criados en nuestra civilización canalla, somos lobos entre lobos, como lo señalaba Hobbes. Pero el budismo, el taoísmo y el cristianismo esotérico coinciden en que, pese a lo que creen los cínicos, la mente humana es intrínsecamente buena. Sólo que el cinismo se ha vuelto para las mayorías una especie de segunda naturaleza que perpetua nuestro mal.

Se confunden los problemas de la sociedad con nuestro mal fundamental; y así es fácil afirmar que el problema sea el capitalismo, que en realidad es sólo la forma más reciente de explotación. Los problemas cambian: la sobrepoblación, la ecología, el poder económico de una minoría que hegemoniza al resto de la comunidad. En la antigüedad simplemente existía la desigualdad, pero hoy la injusticia se ha multiplicado, y los gobiernos nacionales ya no pueden proteger a sus poblaciones de las decisiones de un imperio económico global antes inexistente.

Pero todas éstas son sólo facetas de un mismo problema básico, y por ello no me parece que sea posible solucionarlas separadamente. Y no creo que pueda modificarse sin gran esfuerzo la mente patriarcal de un adulto, ni la estructura patriarcal de la sociedad. Y si ni el militarismo y el sistema económico pueden modificarse debido a la inercia institucional y el autoritarismo implícito de las poblaciones, es importante el concepto de la *mente patriarcal*, que se reproduce de una generación a otra como una plaga. Es esta mente patriarcal la que deberíamos procurar sanar, y no veo otra posibilidad de hacerlo aparte de una nueva forma de educación.

La mente patriarcal seguramente se originó en el contexto familiar, donde el padre se volvió el dueño de la mujer y de los hijos. Y a tal punto estamos acostumbrados a la noción de propiedad, que ya no nos damos cuenta de cómo ésta milita contra la salud de las relaciones humanas. Si tenemos presente lo que fue la esclavitud en Estados Unidos, por ejemplo, sabemos que los blancos trataban

a los esclavos peor que a los animales. ¿Porqué? Porque si se establece que una persona es propietaria de otra, esta se convierte en una *cosa*, y una cosa ya no es una persona. Una relación, por el contrario, implica dos personas, un *Yo y Tú*, como lo explica Martin Buber, y la relación *Yo y Tú* no es lo mismo que la relación del *Yo* con *una cosa*.

Cuando el hombre es el patrón o dueño de la mujer y de los hijos, entonces, se genera una sociedad pobre en verdaderas relaciones humanas, que sólo pueden apreciarse en los momentos de amor. Enamorarse es como descubrir otra forma de relacionarse; y también la maternidad, donde el bebé es para su madre un otro *Yo*. Pero en la vida adulta predominan las pseudo-relaciones, y lo que ordinariamente llamamos amor suele ser una falsificación: un comportamiento voluntario aprendido como parte de la educación de un “niño bueno”. Y aunque seguramente el amor por el padre y por la madre sean intrínsecos a la naturaleza humana, éste se ha ido degradando, y ya en la formulación mosaica del amor ha sido sustituido por el *respeto*; y respetar al padre y a la madre implica que los hijos no puedan criticar ni enojarse con sus padres. Pero cuando un niño no puede enojarse, tampoco sabe lo que siente, y comienza a engañarse a sí mismo, como bien saben los psicoterapeutas por el hecho de que gran parte de la terapia consiste en la recuperación de la rabia infantil y su aceptación.

La mente patriarcal incluye dos formas de represión, de la que una es de la mujer, y con ella del cuidado y el amor. Todos los mamíferos albergamos la capacidad del cuidado, la colaboración, la empatía, la solidaridad y la compasión. Pero en la historia, y en nuestra vida de hoy, escasean estas aptitudes, en tanto que predomina la violencia, así como el deseo de apropiarse, quitar y tomar.

Pero también la autoridad violenta ejerce un dominio represivo sobre los hijos; y así como la represión de la mujer milita contra el cuidado y la solidaridad, milita la represión del hijo en la familia contra la libertad de los impulsos en cada uno de nosotros. Es a esto que me refería ya implícitamente al hablar de la criminalización de los impulsos naturales.

Se caracteriza la civilización no tanto por los centros urbanos y los templos, por su progreso técnico y la proliferación de las artes, sino como por la oposición implícita a la naturaleza, que podemos definir como una criminalización de nuestro cuerpo o nuestro “animal interior”.

No comparten tal visión los indígenas de las culturas chamánicas, para quienes no sólo los animales son sagrados, sino que lo es nuestro animal interior; pero la noción de que el instinto sea diabólico está ya presente en el mito fundacional de nuestra cultura judeo-cristiana, en el que Dios le dice a Eva que ponga su talón sobre la cabeza de la serpiente. No cabe duda de que la serpiente fue originalmente una personificación de la naturaleza y de lo instintivo en nosotros—pero ¿cómo puede concebirse que el ser humano le sea obediente a la voluntad de Dios sin que decida no obedecerle ante todo a la voluntad de su naturaleza? Todo nos dice que los humanos al establecer un régimen autoritario patriarcal proyectaron sobre su vivencia de lo divino una vivencia más humana de un padre represivo y castigador. Pero el coste de la vuelta contra la naturaleza del mundo civilizado se está haciendo sentir no sólo en la infelicidad de la represión instintiva, que requiere el mito de la propia maldad y un desamor por uno mismo que nos roba de la posibilidad del amor al prójimo, sino que también en la destrucción de la Tierra misma.

Pero este dominio del padre sobre la madre y el hijo en la familia, que tiene su eco en los correspondientes valores en la sociedad, involucra también un eco interno en la mente de cada uno

de nosotros. MacLean² realizó estudios sobre la evolución del cerebro que lo llevaron a proponer que nuestra mente asienta en tres cerebros: el cerebro que hemos heredado de los reptiles y podemos llamar instintivo; el que hemos heredado de los mamíferos y que podemos también llamar materno y relacional, y el cerebro propiamente humano que asienta en el neocórtex y es predominantemente intelectual. Es gracias a este último que nos hemos llegado a definir *Homo Sapiens Sapiens*, con una arrogancia que pretende implícitamente que el intelecto sea más importante que el amor. Pero sin el amor el *Homo Sapiens* se ha convertido en una especie sumamente destructiva, y sin el instinto (que es también nuestro niño interior y la voz de la naturaleza) nos volvemos seres incompletos, voraces e infelices. Nos enorgullece sentirnos por encima de la naturaleza, y para ello hemos puesto el deber sobre el placer; y ni siquiera Freud que invocaba el “principio de la realidad” llegó a darse cuenta de que sólo se trataba de una realidad patriarcal, que originalmente quiso criminalizar el deseo y el placer para establecer una política de obediencia universal a las autoridades.

Desde que tratamos al animal que es nuestro cuerpo como un objeto del que somos dueños, venimos practicando una doble explotación; de la naturaleza exterior, por una parte, y también de la naturaleza interior. Y apenas Nietzsche y Freud cuestionaron esta criminalización del placer.

Freud tuvo al final de su vida encuentro con Binswanger, discípulo psiquiatra de Heidegger, quien le reprochó tratar a los humanos como animales, y su respuesta a ello fue que sólo afirmaba “que *también* somos animales”; y ello me parece coherente con la práctica de la psicoterapia, que es un proceso que ayuda a descriminalizar los deseos, al comenzar por reconocerlos y luego de reintegrarlos a la consciencia y, reexaminando su validez, permitir una mayor satisfacción personal. Pero en nuestra era farmacéutica, está amenazada la supervivencia de la psicoterapia, así como el mundo mercantil está amenazando la consciencia religiosa, y por ello se hace más urgente que nunca que pongamos nuestra comprensión del desarrollo humano en la educación.

De acuerdo a esta explicación, entonces, sanar la mente patriarcal sería entonces recuperar el cerebro amoroso y también el cerebro instintivo; reintegrar el cerebro reptiliano (a través de la libertad de obedecerse a uno mismo) y también el cerebro mamífero o materno que trae consigo el amor y la compasión (potencial que el ser humano puede desarrollar hasta llegar al amor universal). Ya el con el espíritu cristiano ha entrado en nuestra cultura el ideal del amor al prójimo, pero ¿cómo se puede explicar que el ideal del amor no haya bastado para contrarrestar la violencia de la así llamada civilización cristiana occidental?

Porque para amar al prójimo es necesario el amor de las personas a sí mismas, y porque, aunque diga el precepto cristiano “ama al prójimo como a ti mismo”, se enseña más bien a la gente a rechazarse a sí misma, tanto al implantar la auto-criminalización como al predicar un altruismo implícitamente exagerado, que sólo puede ser compulsivo, pero no natural. Y es que no podemos ser educados en la negación sistemática del placer animal sin que ello nos prive del amor por nosotros mismos, y no podemos concebir un ser humano amoroso que no se ama a sí mismo.

² Neurocientífico estadounidense (1913-2007).

Por lo general las personas no saben que no se aman a sí mismas porque no tienen suficiente autoconocimiento. La verdad es que nos desdeñamos, nos culpabilizamos, nos tiranizamos como duros capataces de nosotros mismos. Nos despreciamos, nos deprimimos, nos manipulamos, usamos nuestro cuerpo como burros de carga, o como objetos de vanidad o como una fuente de dinero, pero ¿cuándo hacemos algo en favor de nuestro ser animal?

Para recobrar una mente sana sería necesario el desarrollo, y la educación no sería otra cosa que el desarrollo del potencial que yace en nosotros. Pero la educación que le damos a nuestros hijos más bien sirve a la distracción, al invitarlos a absorber muchas informaciones que no llevan al conocimiento de sí. Bastaría concebir una educación que incluyese la libertad, el amor, y el autoconocimiento, pero las autoridades de la “instrucción pública” suelen decir que tales cosas no son relevantes.

¿Es esto demasiado utópico insistir que lo son?

Sólo porque hoy en día los docentes no tienen tales capacidades, y sólo saben lo que se les ha enseñado, que es transmitir información y perpetuar un currículo implícito de obediencia y sumisión—como lo requiere el que para gobernar sea necesario dominar, y para dominar, inculcar obediencia.

Para que sea posible una educación humanizante y transformadora necesitamos ante todo formar a otro tipo de educadores; y para ello se requerirá un método que funcione y sea efectivo en breve tiempo. Y aunque ello no se sepa ampliamente ya lo tenemos, gracias al método exitoso de formación de grupos que he ido refinando a través de más de cuarenta años de trabajo, hoy extensamente reconocido, en el que han participado centenares de educadores que han acudido tanto por un interés personal en su propia transformación como por el deseo de incrementar su capacidad de ayuda a los demás.

En cambio, las instituciones, las universidades, los gobiernos no se han interesado. ¿Por qué? Sospecho que los gobiernos ya no se interesan mucho en el bien común, y que más bien representan a una voluntad explotadora que responde a los intereses de una minoría con un gran poder. Sólo que en tiempos de creciente dificultad y peligro puede concebirse que quienes representan ahora la voluntad de que nada cambie se percaten de que nuestra supervivencia depende de que sepamos cambiar de rumbo, adoptando una “política de la conciencia”, y se interesen por la conciencia humana como el recurso salvífico fundamental. Aunque hemos tenido hasta ahora una educación para la inconsciencia y una cultura orientada a enmascarar lo que sucede realmente, ¿no es concebible que a través del desarrollo y salud individual la humanidad pueda llegar a funcionar como un gran cerebro en que cada individuo, como una neurona, forme parte de una red capaz de un pensamiento superior al de los individuos aislados? Pienso que desconocemos el potencial de un mundo emocionalmente sano y despierto, y la inhibición del diálogo colectivo, y que si bien es cierto que la democracia directa está limitada a un grupo de personas no mayor que las que cabían en el ágora de Atenas, hoy con la electrónica y las redes incluso podríamos realizar elecciones o plebiscitos desde nuestro celular. La comunicación global entre personas que saben lo que sucede, que se han encontrado a sí mismas y que tienen el corazón abierto a la solidaridad, seguramente podría permitirnos dejar de lado lo que ahora es la política e incluso la idea de un “orden mundial”, ya que se puede prever la quiebra del capitalismo global que ahora rige el mundo sin que se haya desarrollado una alternativa, y nada

podrá ser más importante que la calidad de nuestras mentes para nuestro futuro.

Las autoridades siempre han querido amordazarnos para que nadie se entrometiera en la política. Pero la esperanza del mundo requiere la recuperación del potencial político de quienes lo integran, así como de su comprensión y humanidad.

¿Es posible concebir que “el sistema” quiera cooperar con su propia transformación? ¿Es concebible que el orden patriarcal le dé la bienvenida a un orden emergente surgido desde la auto-organización?

He albergado la esperanza de que los detentores del poder puedan facilitar el proceso, pero aún si ello no fuese así, podemos imaginar que nuestra mayor esperanza esté en el naufragio.

Parecería catastrófico y terrible, pero no constituiría otra cosa que el equivalente social de ese proceso individual simbolizado por el “mito del héroe”: un proceso de muerte y resurrección vivido por seres legendarios como Osiris, Cristo o Krishna, que a pesar de ser universal no ha alcanzado hasta hoy una expresión colectiva. Esperemos, entonces, algo como el mítico diluvio universal, donde quede atrás lo que ya no nos sirve, y como si la nave del orden patriarcal se hundiera, los botes salvavidas pudiesen llevar a los náufragos sobrevivientes hacia el comienzo de una nueva era.

Nada como la comprensión nos ayudará para que la transición sea mejor.

En un parto es usual que haya un poco de sangre, pero cuando el parto se vuelve traumático para la criatura y para su madre, debemos estar alerta. Y cuánto pueda ser traumático el parto de la transición desde nuestra era patriarcal a una era postpatriarcal dependerá de cuánto comprendemos lo que ocurre, para no aferrarnos por una falta de visión a lo que debemos dejar atrás.

En la narración sumeria sobre el diluvio (luego transmitida por la versión posterior de Arcadia) habla el poema de Gilgamesh de Utnapishtim, el hombre que escuchó la voz del viento. Había demasiado ruido en la ciudad, por lo que nadie más podía escucharlo, pero él estaba en silencio y así pudo oír a Ea, el dios del viento, quien le dijo: *“deja todo atrás, construye una nave, y hazte a la mar”*. Esperemos que una conciencia colectiva del patriarcado nos permite soltar a tiempo nuestro mal hasta ahora tan ignorado.

Claudio Naranjo